
Falsos Héroes

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7542

Título: Falsos Héroe
Autor: Javier de Viana
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 11 de agosto de 2022
Fecha de modificación: 11 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Falsos Héroe

Junto al guarda patio estaba la carrada de leña, recién traída.

—Mucha rama y poco tronco,—consideró don Brígido.—Y madera floja, cuasi toda...

El viejo Díaz, afectado por el reproche, intentó justificarse:

—El arroyo está ancho y se han puesto muy fieras las picadas pa dentrar a las coronillas...

—¡Ya sé, ya sé!—confirmó benévolamente el patrón.

En los dos primeros meses de aquel otoño no había caído una gota de agua. Los campos hallábanse reseco, los cañodones agotados, y mal podía estar «ancho» el arroyo. La verdad era que los brazos del viejo Díaz, con más de sesenta años de uso constante, no tenían ya fuerzas para hachar troncos de coronilla y de quebracho, los hierros de la selva.

Bien lo sabía don Brígido, y muy lejos de su ánimo estaba el ofender a su fidelísimo servidor, amigo invariable desde el amanecer hasta el crepúsculo; lo mismo en los tiempos de auge de la Estancia Rosada, cuando había varias leguas de campo y muchos miles de vacunos, que en su bochornosa reducción a una poco más que chacra...

Juntos y estrechamente ligados se mantuvieron en la prosperidad ascendente, y más amigos y más unidos desde el día en que brusca adversidad derrumbó el edificio en cuya construcción emplearon tantos años y tantos esfuerzos y tantos cariños...

—Maliseo que d'esta noche no pasa sin llover: vi'a picar un

poco'e leña,—dijo don Brígido; y cogiendo el hacha se dispuso a la tarea.

—Déjame a mí,—propuso Díaz; mas el patrón lo rechazó ordenando:

—Vos estás cansao... Andá ver si Panchita precisa algo.

El viento aumentaba én violencia y el frío hacíase intenso, al propio tiempo que se nublabá el cielo en pronóstico de borrasca.

A golpes lentos, don Brígido hachaba la leña y, fatigado, iba ya a dar por terminada la tarea, cuando vió que se acercaba a las casas un viajero a quien creyó reconocer de inmediato.

No erró. Llegando hasta la pila de leña, y sin desmontar de su pingo lujosamente aperado, un gaucho joven, lindo y airoso dijo con mayor arrogancia que cariño:

—Güenas tardes, tata...

Emocionado, pero severo, el anciano respondió:

—Güeñas... Apiate.

Desmontó el mozo. Se dieron la mano.

—¿Qué viento te trai pu'acá dispués de tantos años de ausencia?...

—Vine pa trairle una güena noticia, tata.

—Más vale ansina: será la primera!... Pasa padentro y verás a tu pobre mujer que sestá muriendo tísica...

Tuvo el gaucho una sonrisa cruel, y respondió:

—Gracias... ¡Le tengo mucho miedo a los tísicos!... Eso se pega...

Don Brígido lo miró con lástima, con pena y con desprecio, y volvió a preguntar:

—¿Qué venís hacer aquí?...

—Vengo a decirle que regreso al Paraguay, ande me han convidao pa'una regolución... Anduve en l'otra con el grado'e capitán, y aura me hacen comendante... Pero pa eso carece de juramente que lleve alguna moneda, porque, como Usted compriende, un jefe sin plata no puede hacer güen pape!...

—¿Y?...

—Y espero que usted me lo facilite...

—¿Yo?...

—De juramente.

El viejo alzóse indignado:

—¿Olvidas que tuve que perder tuita mi fortuna pa sacarte 'e la cárcel donde te llevaron?...

—¡Por haber muerto un hombre!...

—¡Por haber asesinado y robado a un hombre!.. Y no lo hice por vos; pero por salvar el apelativo honrao, que vos ensuciabas, me dejé comer hasta el último peso por abogaos y precuradores!... ¡Y cuando te largaron, en vez de dir a lavarte la concencia con el sudor del trabajo, te juiste a vagabundear de nuevo, viviendo de enriedos, de trampas, de pillerías entre ladrones y chinas cuarteleras, sin acordarte de tu pobre mujer abandonada ni de tu pobre padre, viejo y arruinao!... ¡Mandate mudar de aquí!...

El mozo titubeó ante el apostrofe; y luego, tomando la brida del caballo y poniendo el pie en el estribo, respondió con énfasis:

—¡Está bien, tata!... ¡Ya que usté m'echa'e su casa, vi'a

hacerme matar gloriosamente en tierra ajena!...

Con inflexible severidad don Brígido replicóle:

—¡Andá!... Es más fácil morir gloriosamente matando hermanos, que morir honradamente trabajando la tierra y cuidando su familia!... ¡Más valiente es el buey que muere aplastao por los años y el trabajo, qu'el tigre que muere peleando y en defensa de la res robada!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.